



LIBROS

El corrosivo buen humor

La obra de J. D. Salinger es tan inequívocamente neoyorquina como la de un Woody Allen, y a ninguno de ambos les escasea ternura o enamoramiento paródico de las diversas jergas de su ciudad, ciertamente La Ciudad. Nacido en 1919, Salinger se ha caracterizado siempre por la fusión de ironía, compasión y odio, ingredientes decisivos a la hora de subyugarlos mediante unos personajes que cualquier ramalazo de prurito naturalista nos denuncia como no verosímiles, y, sin embargo, ahí los tenemos, y nos embarcan en sus peripecias verbales, en sus itinerarios tan íntimos. Si los hay que prefieren al Salinger de largo aliento de "The Catcher in the rye", otros abogan encendidamente por la reivindicación del Salinger autor de cuentos como "For Esmé, with Love and Squalor".

A medio camino entre la gran narración y el relato corto, aparece entre nosotros "Franny y Zooey" (1), en estupenda traducción de Pilar Giralt, que ha sabido transmitir todo el arrebatado y la finura de los laberínticos diálogos domésticos de la inconcebible familia Glass, repleta de niños prodigio vencedores en largas sagas de concursos radiofónicos.

El propio Salinger define "Franny y Zooey" como "este bonito libro de aspecto descuidado". Que el aspecto de la prosa parezca desgachado no significa, sino más bien todo lo contrario, que no haya en estas páginas un enorme trabajo de sintetización y montaje. Sorprende, en efecto, el contraste entre la aparente nimiedad temática y la deliciosa tiranía con que el ritmo y la música de la novela te atraen.

El tema, no obstante, tiene su miga. Sitúa Salinger la acción a mediados de los cincuenta y en su habitual ambiente más o menos universitario. Pero conecta perfectamente con el actualísimo "rollo" pseudomístico que vuelve tarumbas a no pocos niños o

(1) Bruguera. Libro Amigo.



J. D. Salinger.

incipientes talluditos. El cachondeo del autor sobre las mil y una formas de rizar el rizo que los adeptos a tales virguerías exhiben, más que notorio resulta alarmantemente ligero: por ende, más eficaz y taladrador que si hubiera optado por la irreverencia más procaz.

Pero lo decisivo es el manejo del lenguaje, las inflexiones, los retintines, el tono. Hay un diálogo en el cuarto de baño familiar —cortina interpuesta entre Zooey en remojo y su reiterativa, tiernísima y batalladora madre— que es de tamaño antológico. Hay de repente parrafadas minuciosísimas hasta el peñazo, enumeraciones chabacanas y objetivismos tan atroces que los militantes del "nouveau roman" sentirán medrarles sarpullidos y arboles en el mejillamen. Hay más que nada un tal retozar en el humor, que nadie puede llamarse a engaño de lo que está leyendo: ¿obra menor?, ¡cien hurras por pequeños así! ■ MIGUEL BAYON.

"Calle del Proletario rojo"

Dijo una vez Felipe González que prefería morir apuñalado en el Metro neoyorquino antes que vivir en Moscú. Es un tipo de disyuntiva contra la que personalmente me rebelo. Como si a uno le colocasen ante el dilema de tener que alimentarse del cadáver del padre o de la madre para sobrevivir después de un accidente en los Andes. Sin duda, Felipe González conoce cosas peores que las dos por él mentadas. Ser un desaparecido en Buenos Aires, pongamos por caso. Sólo que debió de reservárselas para mejor ocasión.

Pero boutades al margen, parece cierto que vivir en la URSS

no es precisamente una ganga, como trataba de hacernos creer toda la mitología en torno al paraíso soviético. Ni siquiera —y esto es lo escandaloso— para un obrero. Una joven pareja de periodistas franceses, acompañados de sus dos hijos pequeños, tuvieron la ocasión de comprobarlo ampliamente durante dos años vividos en la URSS —de 1972 a 1974— como empleados del servicio de publicaciones en lenguas extranjeras de Moscú.

Su testimonio tiene sobre otros la inestimable ventaja de que no se trata en ningún caso de la visión superficial de un turista de ocasión sino de una experiencia vivida apasionada y críticamente desde una militancia comunista —de comunistas occidentales, precisemos—, de la que en ningún momento aquéllos reniegan. El libro, *Calle del Proletario rojo* (1), es una jugosa descripción de la vida cotidiana de las gentes en la "patria del socialismo", y su lectura —que se hace de un tirón— deja en nosotros un fuerte resabio de amargura y de desencanto, sólo mitigado en parte por la ironía con que los autores sazonaron sabiamente su relato.

La historia, trufada de anécdotas, que nos cuentan Nina y Jean Kéhayán se parece en algunos momentos más que nada a una pieza del teatro del absurdo. Un sistema que, lejos de liberarle, reprime y adocena al individuo, que premia la falta de imaginación y la obediencia a la norma y a la moral establecidas, una burocracia que parece inspirada por el autor de *El Proceso*, y una picaresca que crece, como la mala yerba, al margen del sistema y aprovecha continuamente sus intersticios: tal es la realidad observada día a día por los autores. El consumismo como aberración casi siempre insatisfecha, excepto en el caso de ciertos sectores privilegiados —burócratas y "artistas del pueblo"—, el cinismo como salida casi natural ante la falta de auténticas perspectivas, ciertas dosis de xenofobia y aun de racismo y una insolidaridad tan grave como la que uno puede encontrar en Occidente son rasgos, todos ellos, en las antipodas de los que normalmente

(1) Editorial Blume. La traducción es bastante deficiente. ¿Por qué no cuidan más estas tareas nuestras editoriales? ¿Por qué, una vez traducido, no se somete el libro a revisión?

se atribuyen al hombre y a la sociedad socialistas, y, sin embargo, reales. Los autores están, pese a todo, convencidos —y en su sinceridad radica la tremenda fuerza de su testimonio— de que nada de aquello es fatalmente necesario, ni siquiera en la URSS, sino que puede y sobre todo debe ser evitado.

Calle del Proletario rojo es en resumen un libro apasionante que deberían leer, antes que nadie, los comunistas, pues a ellos va fundamentalmente dirigido. A quienes sin olvidar, como dice el comunista Manuel Vázquez Montalbán en su excelente prólogo, el papel objetivamente progresivo que la URSS ejerce a escala universal, no por ello pueden "dejar de distanciar críticamente un modelo de construcción socialista tan irreplicable como indeseado". Hace unos años, de un libro como éste se habría dicho que hacía el juego a la reacción y a los enemigos del socialismo. Hoy ya no es posible seguir escondiendo la cabeza debajo del ala. Porque esto, y no lo otro, es lo contrarrevolucionario. ■ JOAQUIN RABAGO.

"La economía agraria en la Historia de España"

La importancia de la agricultura en la economía española es bastante mayor que la importancia de los estudios sobre economía agraria en la Historia de España. ¿Motivos? "La multitud de unidades de explotación y la peculiaridad de una gestión que no necesita organizarse en ninguna de las formas corporativas, características de la industria, son causa de una sensible limitación de las noticias relativas a su funcionamiento"...

Estas frases pertenecen a la introducción de un libro que amonora esa carencia: "La economía agraria en la Historia de España" (1). Es obra colectiva que

(1) Gonzalo Anes Álvarez, Antonio Bernal Rodríguez, Jesús García Fernández, Emilio Giralt Raventós, Pierre Vilar y otros: "La economía agraria en la Historia de España (propiedad, explotación, comercialización, rentas)". Ediciones Alfaguara. Fundación Juan March. 386 páginas, 800 pesetas. Madrid.



Miguel Artola.

agrupa ponencias y comunicaciones presentadas al Seminario de Historia Agraria, celebrado los días 9, 10 y 11 de marzo de 1977 en la Fundación Juan March, bajo la dirección de Miguel Artola. Fueron cuatro las sesiones de trabajo, recogidas taquígraficamente o con magnetófono (varias veces se escribe, por ejemplo, Livic por Liebig).

La ponencia de Emilio Giralt Raventós ("Técnicas, cultivos y producción") abrió la primera sesión, con comunicaciones de Le Flem, Vidal, Palop, Sanz Fernández, Garrabou y Robledo, centradas todas en temas afines al del ponente. La propiedad de la tierra fue el punto central de la segunda sesión; encabezada por el ponente Antonio Miguel Bernal y con comunicaciones de Portela Silva, Collantes de Terán, Angel Cabo, Fernández de Pinedo, Bilbao y Marteles. Las formas de explotación ocuparon la sesión tercera. Ponente, Jesús García Fernández, y comunicaciones de Daviu Pons, Moll Blanes, Serau, Contreras, Naredo, López Ontiveros y Gómez Mendoza. De ponente en la cuarta sesión estuvo Gonzalo Anes ("Comercio de productos y distribución de rentas"), y de comunicantes, García Sanz, Serra Puig, Torrás Elías, Marcuello y Fernández García.

Cerró el Seminario Pierre Vilar con unas "Reflexiones sobre la noción de economía campesina". Son, al mismo tiempo, unas reflexiones sobre la obra del ruso Chálanov (1888-?) hechas desde hoy. Vilar sabe mezclar, con talento literario, lo científico con lo biográfico, como en esos recuerdos a su difunto amigo Daniel Thorner, el hombre que al término de su vida vela como periclitado el concepto de "modo

ADIOS A LAS LETRAS

Vista del amanecer

Me he vuelto al trópico, ¿qué quieren que les diga! Estas crónicas que me leen en junio están escritas desde la atmósfera fresca que da la costa caribeña, un solar en el que los mangos pesan dos kilos y los libros de Borges caminan con uno como si hubieran siempre existido, adheridas a nuestra piel. La lectura es lenta y profunda, los días pasan como si todo fuera una fugaz vista del amanecer en el trópico.

Desde aquí recuerdo mis últimos tiempos en España. El Congreso de los Escritores, que tantos quebraderos de cabeza me trajo; la creación y posterior languidecimiento del Ministerio de Cultura; la caída del Imperio romano. Los hechos ocurridos recientemente en España me sugieren todo lo contrario de lo que sugeriría la vista del amanecer en el trópico.

Esta me evade, me aturde de tanta belleza: la otra me sume en una blanda depresión, la sensación impropia de no ser nada, de nadar en medio de la corriente a la busca del tiburón para que la labor de desgaste de los años no tenga que efectuarse y la muerte venga rápida, bien por culpa de la cicuta o bien por culpa de la lectura de nuestros clásicos actuales.

Entre todas las casualidades que últimamente ocurrieron en nuestro país, anoté una, al menos, con lápiz amarillo. En España no ocurren hechos literarios, ni frases famosas. Pasan casualidades. El otro día, en la presentación de un libro sobre un Congreso de Escritores celebrado en Almería, alguien tuvo la feliz ocurrencia de reivindicar el aburrimiento. Dijo: "En aquel Congreso no tuvimos ocasión de divertirnos".

No haber celebrado el Congreso, señor. Hay literatos a los que debiéramos llevar a un reformatorio del mal humor. Reivindican todo, escriben sobre todo, y todo lo hacen con un mohín de disgusto en la boca. "No tuvimos tiempo de divertir-

nos". Craso error. El tiempo para divertirse hay que alcanzarlo en cualquier esquina del día. En el Congreso Internacional de Escritores que hubo recientemente en Las Palmas, el dramaturgo Antonio Gala fue preciso: "Cuando mejor lo paso es por la noche, porque los escritores somos vitalistas y nos gusta divertirnos".

Esa cara del español cansado y aturdido por la presencia innoble de tantas responsabilidades es falsa. Es falso también el escritor que asegura que su actividad no debe dejar resquicio al divertimento, uno de los ejercicios intelectuales más prodigados a lo largo de la historia cultural de todos los siglos.

La otra frase, la otra casualidad, a la que le he pasado el lápiz amarillo fue esa de Luis Rosales, que identifica los versos que escribe con los maíces que saltan, vivarachos, en la sartén. En el mango de la sartén está él, con un ejemplar de la "Estafeta Ilustrada Literaria" en la otra mano, observando cómo el maíz asciende hasta la altura de sus ojos azules, inquisidores. Al final, todo frito. Le sale un poema frito. Lo mejor de los escritores es su capacidad para crear ilusiones ópticas. Los artistas del arte óptico (op-art) no tendrían nada que hacer ante la imagería de Luis Rosales.

Una tercera frase es la de Alvaro Cunqueiro: "He querido ser un jardinero del lenguaje". Y, en efecto, lo dice tomando de un lado la azada y de otro un libro de versos, una novela fantástica o un artículo de periódico. Son los agricultores de nuestra lengua, aquellos que la abonan, la ponen en barbecho, nos la piensan, mientras nosotros vamos de frívolos por ahí, divirtiéndonos, bebiendo vino de Ribeiro, dejando en las estanterías, porque no tenemos tiempo para nada, los libros de Sorel y Lera, e incluso los textos del Congreso de Almería. ■ SILVESTRE CODAC.



Antonio Gala, Luis Rosales y Alvaro Cunqueiro.